

---

---

## CAPITULO XVI.

### *Revolucion de los mejicanos.*

No queriendo Cortés regresar á Méjico con todas sus tropas por temor de que no se alarmasen los habitantes y pensando por otra parte que si dejaba algunas en la Vera-Cruz , perjudicarian á los soldados mal disciplinados la ociosidad y la inaccion , determinó destinarlas á nuevas conquistas , mientras que él acompañado de 600 hombres se dirigiria hácia la capital. Esas disposiciones fueron tan pronto cambiadas como concebidas ; pocos dias despues de la derrota de Narvaez , llegó un correo de Alvarado portador de las mas tristes noticias sobre el estado de

Méjico. Habian tomado los habitantes las armas y atacado á los españoles, á quienes tenian sitiados en su cuártel, habian ya muerto siete hombres y era probable que sucumbiesen todos, si no se corria á darles inmediatamente socorro.

Alligió muchísimo á Cortés esa relacion; sabia que Alvarado no podia resistir por mucho tiempo á los ataques de un enemigo furioso, y que aun cuando lograrse rechazarlo, pereceria al cabo de poco tiempo, faltar de provisiones. Bastante urgente era el peligro para no admitir ni deliberacion ni demora, asi es que inmediatamente se determinó á partir. La tarde misma de la salida de Zempoala, se recibieron mensajeros de Motezuma, eran portadores de las mas graves acusaciones del monarca contra Alvarado, quien por su mala conducta habia sido la causa de lo que habia acontecido. Esas contradictorias relaciones y las profundas reflexiones de Cortés, le dieron motivo para pensar que seria esa revolucion de las mas sangrientas y atroces. Con efecto, hacianla muy alarmante los motivos que la habian excitado. Luego que salió Cortés de la capital, opinaron los mejicanos que se presentaba en fin la ocasion tan largo tiempo esperada de restituir á su monarca la libertad y de sacar á su pais de la tutela de los extranjeros, que mientras estaban tan divididas las fuerzas de sus conquistadores y dirigidas sus armas contra ellos mismos, seria muy fácil destruir ambos partidos; en este supuesto, en

esta consideracion tenian los indios sus juntas y tramaban sus planes; conocian los españoles sus cortas fuerzas y estaban llenos de sospechas y temores, y desgraciadamente Alvarado á causa de su conducta, en lugar de conjurar la tormenta, precipitó su explosion.

Era Alvarado, como hemos dicho ya, un jóven valiente é intrépido, por su actividad, por su resolucion, por sus felices disposiciones habia merecido la confianza de Cortés; pero si poseia cualidades que le hacian útil á un gefe hábil y experimentado, estaba faltar por otra parte de la capacidad necesaria para mandar solo. Se habia hecho mal ver de los mejicanos á causa de la ligereza con que obró respecto de algunos. Un valor ciego era una ventaja muy insignificante por cierto para hombres entre quienes estaba elevada esta virtud á un grado poco comun. Habia adquirido Cortés un inmenso ascendiente sobre el pueblo por un admirable conjunto de cualidades opuestas; su intrepidez, tan pronto ardiente como pacífica, su prudencia y resolucion, su suavidad y firmeza habian impresionado mas á aquellos espíritus groseros que todas sus brillantes y magnificas hazañas; jamás habia empleado el rigor sino en los últimos apuros y á falta de otros recursos. Alvarado por el contrario, no conocia otro medio que este para hacerse obedecer; asi es, que luego que tuvo conocimiento de los preparativos de la insurreccion, en lugar de emplear cierta destreza, cierta habilidad pa-

ra desbaratar los proyectos y calmar las exaltadas pasiones de los mejicanos, obró como si hubiese querido precipitar el efecto.

Se celebraba en aquel entonces en medio de un inmenso concurso de pueblo, de nobles y de sacerdotes la principal fiesta del imperio, la del dios de la guerra, de *Huitzilopchli*. Según costumbre, estaba reunida la multitud en el patio del gran templo para ejecutar las danzas en honor de su divinidad protectora. Los principales nobles habian pedido á Alvarado que permitiese al soberano asistir á la fiesta; se negó este á ello, lo cual no pudo menos de causar cierta irritacion en los espíritus; sin embargo empezaron los mejicanos sus cantos y danzas, abandonándose á sus ejercicios religiosos. Apoderóse Alvarado de todas las avenidas y tentado por la riqueza de los adornos con que comparecieron los nobles y por la facilidad de acabar de un solo golpe con los autores de la conspiracion que temia, ordenó á sus soldados echarse sobre este pueblo desarmado y que ningun género de desconfianza abrigaba: rápido y terrible fué el ataque; no pudiendo los indios defenderse, fueron asesinados desapiadadamente, con todo pudieron escaparse algunos por los techos de los edificios contiguos al templo (22). Perfidia y crueldad tanta inflamaron la indignacion y el encono de los mejicanos, no solamente en la capital, sino tambien en las provincias vecinas. Respiraban todos venganza, y desafiando el peligro que á su soberano ame-

nazaba y aquel al cual se esponian combatiendo un enemigo que tan grande temor les inspiraba, fueron á atacar á los españoles en su cuartel con una feroz impetuosidad, derribaron una parte de las murallas é incendiaron los almacenes. No tardó en cambiarse este ataque en un sitio regular, rechazado con ardor y sostenido con el coraje y brios que inspira la desesperacion, porque los españoles no tenian otro recurso que el de la llegada de Cortés.

Como ya hemos dicho, habia dispuesto este ilustre general su plan con la prontitud que acostumbraba y púsolo en ejecucion con una rapidez extraordinaria, á la cual debió un éxito altamente satisfactorio. Uniéronse en Tlascala dos mil indios y con este refuerzo creyó podria calmar sin dificultad la rebelion. Al entrar en el territorio mejicano, reconoció que era general el odio que se tenia á los españoles. Abandonadas estaban las principales ciudades por las que tuvieron que pasar, ningunas provisiones habia preparadas para las tropas y aunque nada se oponia á la marcha, la soledad y el silencio que por todas partes reinaban y el horror con que el pueblo parecia evitar todo comercio con los españoles, le demostraban claramente que tan solo la fuerza de las armas podria atajar una insurreccion que con caractéres tan horriblos se presentaba.

Volvió á entrar Cortés en Méjico el dia 24 de junio. Nadie fué á recibirle, por todas partes se

notaba un aspecto triste y silencioso, lo cual no pudo menos de alarmarlo vivamente; pero confiando en el valor de sus tropas, no tardaron en disiparse sus temores; cesó en las prácticas y ceremonias de las que solía revestir su política, no quiso ir á visitar á Motezuma, y cuando este fué á felicitarle por su victoria y su regreso, le volvió las espaldas con menosprecio, negándose á contestar á sus preguntas. Explicase por dos motivos esta conducta tan estraña y tan diferente de la que habia observado hasta entonces, por una parte se creia que estaba instruido Motezuma de los proyectos y maquinaciones de sus vasallos, por otra estaba orgulloso de su poder; lo cual hizo decir á Herrera imitando á Tácito: «Los prósperos sucesos hacen insolentes á los grandes capitanes» (23). Mandó Cortés que se presentara Alvarado, procediendo á un severo examen de la conducta que observado habia durante su ausencia. Procuró Alvarado justificarse manifestando que habia obrado en fuerza de la necesidad, díjole que habia sabido estaban tomadas diabólicas medidas para la total destruccion de los españoles y que por tanto se habia aprovechado de la fiesta para atacar á los mejicanos, en pocas palabras, que estaba cierto de que iba á estallar el complot y que habia querido prevenirlo acabando de un solo golpe con todos los gefes reunidos. Desagradó mucho á Cortés esta defensa, censurando con severidad la accion de su teniente.

Pero el mal estaba ya hecho; era imposible ya atajar con palabras ni reconvenciones los progresos de una conspiracion que iba tomando proporciones gigantescas; los nobles habian tomado las armas con un furor y encarnizamiento nada comunes, empezándose desde entonces una guerra que no podia terminarse sino por la total destruccion de uno de los dos partidos.

Habia encargado Cortés á un soldado que acompañara á Tacuba la esposa de Motezuma y muchas otras mujeres de elevada categoria á fin de entregarlas á la proteccion del cacique, este soldado presentóse de repente en el cuartel, herido, cubierto de sangre y rendido de fatiga, dijo que habia sido preso por los indios en el camino, que lo habian maltratado y que por fortuna logró escaparse en el momento mismo en que iban á sacrificarlo á sus falsos dioses. Manifestó asimismo que todo el pais estaba sobre las armas y que de todas partes se dirijian los habitantes hácia el cuartel. Cortés hizo salir inmediatamente un destacamento, el cual no pudo llegar sino hasta la plaza principal, en donde vió caer sobre sí una lluvia de flechas, dardos y piedras. Gritos furiosos poblaban los aires, ocupaba el pueblo las calles, los techos de los templos y de las casas, lanzando incesantemente sobre los españoles todo género de proyectiles. Ordaz que mandaba el destacamento fué arrollado por los enemigos, fuéle necesario desplegar una admirable presencia de espíritu y un gran valor pa-

ra salir de esta peligrosa situación. En fin después de muchos esfuerzos hábilmente dirigidos operó su retirada ganando el cuartel, en esta acción perdió ocho hombres según Solís, y 23 según Díaz, quedando además heridos un gran número de soldados.

Convencidos desde entonces los mejicanos de que los españoles no eran invencibles, comparcieron otro día con toda su pompa guerrera á atacarlos en su cuartel. El espanto que causaba su gran número, se aumentaba aun más y más por su actitud salvaje y feroz. Animábalos una especie de frenesí, un asombroso entusiasmo; aunque la artillería apuntada contra las principales calles que ocupaban los enemigos hacia á cada descarga un horrible destrozo y aunque cada golpe dado por los españoles era mortal, sin embargo en nada se disminuía el calor del ataque; precipitábanse nuevos combatientes á ocupar el vacío de los que iban cayendo y perecían estos á su vez, en seguida eran reemplazados por otros tan intrépidos como sedientos de venganza. Cortés á pesar de su táctica, á pesar del valor y de la disciplina de sus tropas, tuvo mucho trabajo para impedir al enemigo que penetrara en sus cuarteles.

Vió el general con sentimiento estos síntomas de una indomable energía, que llenaban de terror á sus valientes veteranos y dejaban asombrados á los compañeros de Narvaez. Incesantemente repetían los indios que sacrificarían en

honor de sus dioses á los españoles del modo como habían prometido, decían además que habían encerrado en sus templos animales feroces á fin de destrozar los cuerpos de los que estarían destinados al sacrificio (24). Estas palabras no eran por cierto consoladoras para personas que habían presenciado sus espantosas carnicerías. Las continuas alarmas causadas por ataques que sin cesar renacían, los peligros presentes, los que veían para el porvenir, produjeron los más funestos efectos en el espíritu de los soldados. Los compañeros de Narvaez que se habían imaginado seguir á Cortés en la división de los despojos de un país ya conquistado, se llenaron de espanto y de desesperación al verse obligados á hacer una guerra de esterminio, una guerra sangrienta con un enemigo cuyo valor no se debilitaba jamás, culpándose mutuamente por su crédula confianza en las fascinadoras promesas de su nuevo jefe; pero no era entonces tiempo de quejarse, era menester un esfuerzo sobrenatural para poder conjurar la ruina común y Cortés en medio de todos estos desastres, conservando su firmeza, su serenidad, resolvió tentarlo á fin de reanimar el abatido aliento de sus tropas; á la cabeza de 600 hombres resolvió hacer una salida llegando á desbaratar las filas de sus adversarios.

No podía la feroz ceguedad de los mejicanos debilitar el genio de Cortés, ni domar su coraje, su valor, antes al contrario, parecía engrandecerlo.

cerse su energia á vista del peligro y aumentarse su fuerza de espíritu en medio de los mas graves riesgos; quiso probar á los enemigos que el arrojo de sus planes igualaba su intrepidez, en consecuencia dió orden de disponerse á una segunda salida. Habia observado que habian padecido mucho sus soldados á causa del sin número de piedras y flechas disparadas desde las ventanas y azoteas; á fin de librarles de este peligro mandó construir cuatro castillos de madera, que se movian sobre ruedas, muy ligeramente; estaban guarnecidos los techos de gruesos tablones para poder resistir las piedras y en los lados habia troneras para dar la carga sin descubrir el pecho. En cada uno de estos castillos podian caber veinte ó treinta hombres. Luego que los soldados se guarecieron dentro, se puso Cortés al frente del resto de sus tropas y de dos mil tlascaltecas y salió en medio de la obscuridad de la noche. Por todas partes reinaba un silencio sepulcral, pero apenas se internó un poco el ejército, oyéronse horrorosos gritos y sonidos de instrumentos guerreros, todo lo cual dió á entender que no estaban descuidados los mejicanos. Sin esperar el ataque, se arrojaron sobre los españoles con denuedo y valor. Dieron y recibieron la primera descarga sin desbaratarse sus filas, mas no tardaron en apercibirse de sus pérdidas y se colocaron detrás de los parapetos que en las calles habian formado, desde donde combatieron con feroz encarnizamiento y cuando los

desalojaba la artilleria, iban á encerrarse mas léjos. Parecia que eran dirigidos todos sus movimientos por algun gefe hábil y experimentado, disparaban todos á un mismo tiempo y muy bajo á fin de que no se malograran los tiros, defendian sus puestos sin confusion y se retiraban sin desórden. Causáronles al principio mucho espanto los castillos de madera, pero inmediatamente huyeron, haciendo subir á las azoteas grandes peñascos, los cuales arrojaron con furia sobre los dichos castillos, logrando hacer pedazos de ellos. Habia durado el combate todo el dia, habíase derramado mucha sangre mejicana y una gran parte de la ciudad estaba incendiada, cuando los españoles rendidos de cansancio y atacados sin cesar y con el mismo ardor por nuevos combatientes que reemplazaban los primeros, viéronse por último obligados á retirarse con vivo sentimiento de no haber adelantado nada y de no haber podido compensar la desventaja poco ordinaria de haber perecido doce de sus soldados y haber tenido 60 heridos; Cortés mismo habia recibido una en la mano.

Conoció entonces el general el error que habia cometido en despreciar á los mejicanos, convenciéndose de que no podria hacerse dueño de la ciudad por medio de la fuerza y que los peligros de su situacion presente se aumentarían aun mas y mas por el hambre que empezaba ya á dejarse sentir. Por otra parte salir de Méjico, abandonar una conquista que tantas fati-

gas, tantos trabajos le habia costado y perder en un momento los frutos de un año entero de combates, era esto verdaderamente muy sensible, muy desconsolador. Sin embargo por peligrosa que fuese la retirada, era el único recurso que le quedaba; pero por fortuna, en este conflicto ofrecióle Motezuma otro medio con el cual no contaba por cierto y que no tubeó en aceptar, por cuanto presentaba visos de buen éxito.

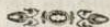
Habia presenciado el emperador desde lo alto de una torre todos los detalles del combate, habia visto al frente de las tropas á su hermano y á algunos caciques muy poderosos, habia conocido que las cosas iban tomando un sesgo muy poco favorable y por tanto temió ver perdida su corona y quedar reducida la ciudad de Méjico á escombros y cenizas. Estaban sus vasallos muy sedientos de venganza, los españoles por otra parte mostraban mucho valor, muchos bríos, para que pudiese confiar en que cesaran las hostilidades, y cualquiera que fuese el vencedor, habia de quedar Méjico totalmente des poblada y destruida. Pidió al general una entrevista y manifestóle que en la coyuntura en que se encontraba, una retirada pacífica era el único partido que le quedaba; que él mismo estaba interesado en su marcha, porque entonces podria volver á empuñar las riendas del imperio y confundir los deseos de los ambiciosos que querian apoderarse de ellas. Dijo además que

respecto de lo que por los españoles habia padecido, bien era acreedor á que hiciesen ese sacrificio, el cual debia de serles provechoso por todos estilos. Conoció al instante Cortés las grandes ventajas que de semejante proposición podria sacar, prometió á Motezuma que saldria de la ciudad, pero con la condición de que impidiese le molestasen en su retirada; para ello era menester que mandase á los mejicanos que depusieran las armas. Consintió el emperador en esta demanda, disponiéndose á valerse de la influencia que sobre sus vasallos ejercia á fin de calmar sus espíritus exaltados y hacer cesar sus ataques.

Difiere totalmente Bernal Diaz de los otros historiadores en la relación de esta notable circunstancia; según él, ningún acuerdo hubo entre el monarca y Cortés, dice por el contrario, que cuando manifestó el general á Motezuma su intención de abandonar la capital y le suplicó que interpusiera su autoridad á fin de que no fuese atacado en su retirada, se la negó rotundamente, prorrumpiendo en amargas inculpaciones contra la conducta de los españoles, que el padre Olmedo y Olid se esforzaron en vencer la resistencia del emperador, quien les respondió que sus exhortaciones ningún efecto causarían en su pueblo, que habia ya elegido otro jefe y que habia resuelto no dejar ningún español.

Hemos hecho mención de las dos versiones de este hecho; Solís ha adoptado la primera;

Robertson no refiere ni la una ni la otra, sin embargo parece indicar que accedió Motezuma á las solicitudes, á las instancias de Cortés, pero es muy probable y muy natural que se viese de esta ocasion para favorecer la salida de los españoles, porque, como hemos dicho ya, habia mostrado otras veces gran deseo de verles partir. Obrando de este modo aseguraba su propia fortuna, por cuanto sabia perfectamente que estaria identificada su vida con la suerte de los españoles, y que si estos sucumbian, su pérdida seria tambien inevitable, en fin podia confiar aun en encontrar á los mejicanos fieles á su soberano, mientras que mas tarde victoriosos sus pueblos bajo un nuevo gefe no querrian obedecer al que les habia abandonado en el peligro.




---



---

### CAPITULO XVIII.

*Muerte de Motezuma. — Terrible combate en el templo.*

Desde la mañana los mejicanos habian vuelto á empezar el ataque, lanzando incesantemente una lluvia de flechas y otros proyectiles y mostrándose al mismo tiempo muy poco intimidados por las continuas descargas de la artilleria; á cada instante iba engrosándose su número. Presentóse entonces Motezuma en la muralla, cubierto con sus vestidos reales y rodeado de toda la pompa y magnificencia que acostumbraba desplegar en ocasiones solemnes. Al ver los mejicanos á su soberano, á quien honraban y respetaban cual si fuese una divinidad, dejaron caer